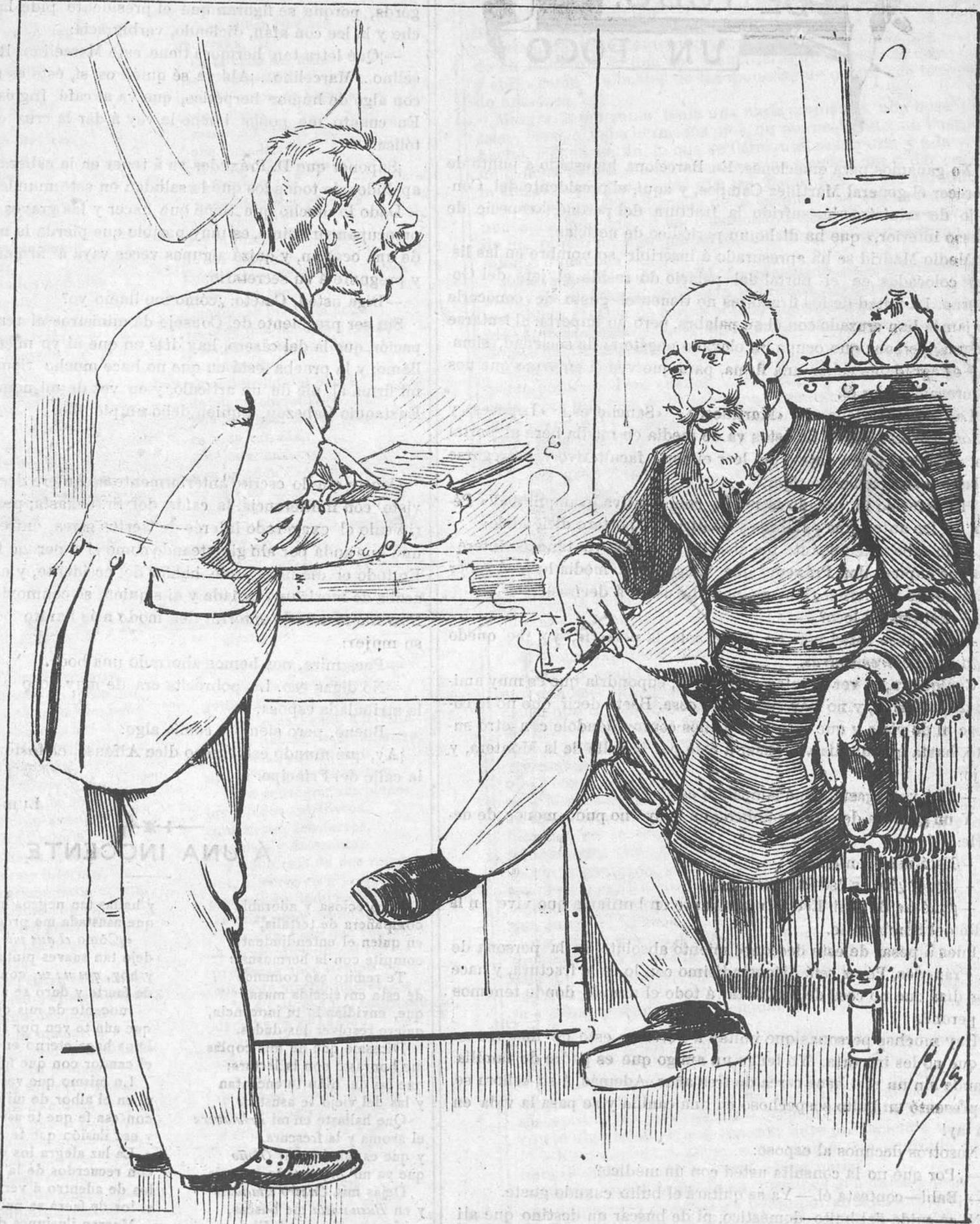


Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LAS ECONOMIAS



—¿Qué plantilla tenemos?
 —Un director general, veinticinco jefes, mil quinientos oficiales,
 cinco mil subalternos y diez y ocho mil carteros y peatones.
 —Bueno, pues suprima usted cuarenta peatones...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Á una inocente, por Eduardo Bustillo.—El maestro de Villambrones, por Juan Pérez Zúñiga.—El reloj de Pamplona, por Fiacro Yrázoz.—La petición de mano, por José Zahonero.—Las patentes, por Eduardo de Palacio.—Juicio oral, por Sinesio Delgado.—Cuento viejo, por Rafael Torromé.—Las hijas de Eva, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Las economías.—Donativos.—Anuncios, por Cilla.



No ganamos para emociones. En Barcelona ha estado á punto de perecer el general Martínez Campos, y aquí, el presidente del Consejo de ministros ha sufrido la fractura del peroné, «especie de hueso interior,» que ha dicho un periódico de noticias.

Medio Madrid se ha apresurado á inscribir su nombre en las listas colocadas en el portal del palacio do reside el jefe del Gobierno. La mitad de los firmantes no tienen el gusto de conocerle ni jamás han cruzado con él su palabra, pero no importa: al tratarse de una persona que ocupa un elevado puesto en la sociedad, siempre es agradable echar una firma, para que vea el enfermo que nos interesamos por él.

La lista está llena de «Martineces,» «Sancheches,» «Lopezces» y otros «Pereces.» Uno de éstos va de media en media hora al portal del presidente, con objeto de leer el parte facultativo y entregarse á las lamentaciones de rigor.

«El enfermo ha pasado la noche con relativa tranquilidad.» Pérez lee las anteriores palabras y se dirige al portero diciéndole:

—No sabe usted cuánto me alegro. Hombre, yo tendría interés en que supiera don Práxedes que vengo cada media hora á saber cómo tiene la pierna. ¿Por qué no sube usted á decirselo?

—¿Está usted loco?

—Si lo hace usted por no dejar sola la portería, yo me quedo aquí en el *entremientras*.

Cualquiera, al ver el interés de Pérez, supondría que es muy amigo del enfermo, y no hay semejante cosa. Baste decir que no le conoce ni de vista y que estuvo dos años confundiéndole con otro sujeto, hasta que un día vió pasar á éste por la calle de la Montera, y dijo:

—Allá va Sagasta. ¡Qué simpático es!

Y un guardia de orden público que le oyó no pudo menos de decirle:

—Está usted enterado.

—¿Qué? ¿No es ése Sagasta?

—¡Qué ha de ser! Ése es un tratante en butifarra que vive en la calle del Sombrerete.

Pues á pesar de este desconocimiento absoluto de la persona de D. Práxedes, Pérez está disgustadísimo con lo de la fractura, y hace dos días que no cesa de preguntar á todo el mundo dónde tenemos el peroné.

Hay muchas personas que imitan á Pérez en esto de meterse en lo que no les importa. Yo tengo un amigo que es padre de familia y anda sin un real hace cerca de tres años. Además, á su señora se le presentó un bulto sospechoso en una canilla y se pasa la vida en un ¡ay!

Nosotros decimos al esposo:

—¿Por qué no la consulta usted con un médico?

—¡Bah!—contesta él.—Ya se quitará el bulto cuando guste.

Ni se cuida del bulto doméstico, ni de buscar un destino que alivie su situación; pero en cambio, letiran una bomba al general Martínez Campos, y se apresura á telegrafiarle ofreciéndole su vida y la de su esposa; sabe que á Capdepón le han sacado una muela, y le

escribe una carta dándole el pésame. Ahora lo del peroné de Sagasta le trae preocupado hasta el punto de esperar á Pablo Cruz por las noches para recibir de sus labios noticias frescas.

—No me oculte usted nada—le dice con acento lúgubre.—Necesito saber la verdad desnuda.

—El enfermo está mejor.

—¿Es eso cierto? ¿No me engaña usted?

—Lo juro.

—¡Gracias, gracias!—y cogiendo entre sus manos la cabeza de Cruz, imprime en su frente un ósculo de reconocimiento.

* *

Hay quien cree que la mitad de los que firman en casa del presidente, buscan el medro personal y persiguen un porvenir de dichas y abundancias. ¡Quién sabe!

Algunos conocemos que han recibido la noticia de la fractura con gran indiferencia, y sin embargo, firman todos los días con letra gorda, porque se figuran que el presidente pide la lista por la noche y la lee con afán, diciendo, verbigracia:

—¡Qué letra tan hermosa tiene este Marcelino Ruibarbol... Marcelino... Marcelino... ¡Ahl ya sé quién es; sí, éste es un joven rubio, con algo de humor herpético, que va al café Inglés por las tardes. En cuanto me ponga bueno le voy á dar la cruz de Isabel la Católica.

¡Suponer que D. Práxedes va á tener en la cabeza los nombres y apellidos de todos los que le saludan en este mundo!

Dado lo mucho que tiene que hacer y las graves cuestiones que preocupan su ánimo, es muy posible que pierda la memoria en más de una ocasión, y quizá algunas veces vaya á firmar un documento y pregunte á su secretario:

—Diga usted, Cateto: ¿cómo me llamo yo?

Sin ser presidente del Consejo de ministros ni tener más preocupación que la del casero, hay días en que ni yo mismo sé cómo me llamo; y la prueba está en que no hace mucho tiempo fuí á poner mi firma al pie de un artículo, y en vez de mi nombre puse el de Eustaquio Cabezón, á quien debo un piquillo.

* *

Conste que lo escrito anteriormente no quiere decir que hayamos visto con indiferencia la caída del Sr. Sagasta; pero encontramos ridículo el exagerado interés de ciertos seres, entre los cuales hay uno que anda por ahí gimoteando como si el peroné fuese cosa suya. En todo el día no cesa de hablar del accidente, y en cambio se le acaba de morir una cuñada y ni siquiera se conmovió. Lo único que hizo fué mandarla enterrar del modo más barato posible y decir á su mujer:

—Pues mira, nos hemos ahorrado una boca.

—No digas eso. La pobrecita era de muy poco comer—contestó la atribulada esposa.

—Bueno, pero siempre comía algo.

¡Ay, qué mundo éste! como dice Alfonso, el fosforero del café de la calle del Príncipe.

LUIS TABOADA.

Á UNA INOCENTE

Mi preciosa y adorable
compañera de tertulia,
en quien el entendimiento
compite con la hermosura:

Te remito ese romance
de esta envejecida musa,
que, envidiando tu inocencia,
quiere resolver tus dudas.

Dicesme que de mis coplas
me honraste con la lectura;
que las del niño te encantan
y las del viejo te asustan.

Que hallaste en mi *Primavera*
el aroma y la frescura,
y que es tan frío mi *Otoño*
que ya mi *Invierno* te anuncia.

Dejas mis *Cuatro estaciones*
y en *Buenavista* me buscas,
y, sin comprender á *El ciego*,
severamente le juzgas.

Á tus bellos ojos niños
todo azul se les figura,

y hallas tan negros mis cuadros
que asustada me preguntas:

«¿Cómo *el que vió* cuando niño
dejó tan suaves pinturas,
y hoy, *que no ve*, con sus sátiras
de fuerte y duro se acusa?»

Inocente de mis ojos,
que aún te ven por su ventura,
Dios haga eterno en los tuyos
el candor con que fulguran.

Lo mismo que ves tú ahora
vi en el albor de mi musa,
con esa fe que te asiste
y esa ilusión que te alumbra.

La luz alegra los ojos
con recuerdos de la cuna;
los de adentro á ver empiezan
si los de fuera se nublan.

Mueren ilusiones de óptica,
y, ante la verdad desnuda,
el que amor cantaba en serio
canta miserias en burlas.

Ver por fuera es ver alegre;
triste es ver estando á oscuras,
pues desnudo se ve el vicio
aunque la virtud le cubra.

De la luz con los cambiantes
el que ve mejor se ofusca,
y sólo el desengañado
ve del engaño la industria.

Si el niño adoró las formas,
hoy el viejo el fondo estudia,
y ése es el porqué del palo
del ciego á la turba multa.

A ti el palo no te alcanza;
deja que al malo sacuda,
inocente de mis ojos,
que aún te ven por su ventura.

EDUARDO BUSTILLO.

EL MAESTRO DE VILLAMBRONES

No hay un hombre que sufra
más distracciones
que el maestro de escuela
de Villambrones.

Para lavarse el rostro
por la mañana
suele llenar de tinta
la palangana,

y al espejo se mira
tranquilamente,
y se cree que es un negro
que vive enfrente,

hasta que su señora
le despabía
dándole trece golpes
con la badila.

Si algún chico travieso
de los que educa
le tira pelotillas
á la peluca,

acomete á cualquiera
de sus vecinas
y la rompe en un hueso
las disciplinas.

Que confunda los nombres
es muy corriente.

Al que se llama Río
le llama Puente,

y á Melitón Ricardo
y á Luis Canuto,

y al que se llama César
le llama bruto.

Por premiar al muchacho
más distinguido,
suele pedirle un duro
(¡qué distraído!).

Dice que tres por cuatro
son diez y siete
y que el primer rey godo
fué Berruguete.

Explicaba á los niños
doctrina sana
con el gorro en la mano
cierta mañana,

y á mirar su cabeza
fué por lo mismo.

¡Le tapaba los sesos
un catecismo!

Tiene una gran pelleja
su señoría

para explicar en clase
geografía,

y en la cuna del niño
que Dios le ha dado
tiene el mapa de España
todo calado.

Cuando á escribir enseña
(¡qué majadero!)
suele mojar las gafas
en el tintero,

y hace unas eles grandes
como cejorros
con la pluma en el sitio
de los anteojos.

Distracciones á miles
padece, en suma.

Cuando se mama el dedo
se cree que fuma,

y hasta cobra dos veces
el pobrecillo

si se descuida el padre
de algún chiquillo.

Por lo tanto, el que sabe
su vida extraña,

dice con fundamento
que en toda España

no hay un hombre que sufra
más distracciones

que el maestro de escuela
de Villambrones.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL RELOJ DE PAMPLONA

Todo el mundo sabe ya,
pues de antiguo lo aprendió,
que en Pamplona hay un reloj
que apunta, pero no da;

mas lo que la gente ignora,
y yo se lo explicaré,
es la razón de por qué
apunta y no da la hora.

Queréndolo averiguar
por el propio interesado,
subí ayer hasta el tejado
para poderme informar.

Me encaramé hasta el reloj,
hablé despacio con él,
y escrito en este papel
está lo que me contó.

«Según refiere la historia
—dijo,—hubo el siglo pasado
un gobierno desdichado
de tristísima memoria,

y al cual, con mucha finura
y con respeto profundo,
le llamaba todo el mundo
un gabinete de altura,

por más que el tal gabinete
no era, por su gente boba,
ni gabinete, ni alcoba,
ni casi, casi retrete.

Entre otros planes funestos
que siempre maldeciré,
concióbese la idea de
nivelar los presupuestos,
pero de un modo vulgar,

que es buscando los millones
con nuevas contribuciones,
pudieran ó no pagar.

Con lo cual salta á la vista
que, lo que es de esa manera,
los nivelaba cualquiera
sin ser un gran hacendista.

Para conseguir sus planes
los citados caballeros,
cometieron desafueros,
tropelías y desmanes,

y hubo más de dos regiones
que, al verse en ello humilladas,
protestaron indignadas
de tales contribuciones.

En esta plaza que ves
—siguió diciendo el reloj—
presenció hace tiempo yo
cosas de mucho interés.

Vi á este pueblo, entusiasmado,
decidido y satisfecho,
reclamando su derecho,
tantos años respetado;

y escuché ¡vivas! sinceros
de todos, pobres y ricos,
y se entonaron *sorticos*

y aclamaron á los Fueros.

Cuando vi en el pueblo que
cesó el vocerío atroz,

alcé potente la voz
y de este modo le hablé:

—¡Vuestra intención es muy sana!

¡Bien por el pueblo altanero!

¡Defended vuestro dinero,

que es el pan para mañana,
y haced todos desde ahora
lo que yo, que estoy muy hartol
¡Desde hoy no doy ya ni un cuarto,
ni una media, ni una hora!

¡Ya lo sabéis! ¡No doy nada,
y así seguiré hasta el día
que pierda la sangre fría
y dé alguna campanada!...»

Dijo el reloj y calló.
Se encerró en triste mutismo,
y aún continúa lo mismo
que cuando me lo contó.

Y aquí está explicado ya
por qué la fama pregona
que hay un reloj en Pamplona
que apunta... pero no da.

FIACRO YRÁYZOZ.

LA PETICIÓN DE MANO

Antolín Antón. Hé aquí mi tarjeta. Por mi cédula de vecindad
podréis ver que soy propietario, casado; todo esto es verdad, y así lo
fuese lo de que mis señas particulares no exceden de lo regular,
porque, en tal caso, tal vez no se hubieran producido tantos y tan
irregulares infortunios; pues habéis de saber, modestia aparte, que
soy un individuo bello é inteligente, adherido como apéndice sin
duda á una descomunal nariz, á una cordillera de carne.

El cuento va á que cierto día me decidí valerosamente á pedir la
mano de Margarita Flores. ¡A qué he de pintarla! Ya os he dicho que
soy hombre de bastante nariz, y podréis comprender que no habría
de enamorarme de una de esas mujeres que tienen la cara borrosa
y sucia como los bustos de las monedas de cobre, que todo el mun-
do manosea.

Margarita era rubia, tenía una nariz monísima, una boca de *aquí
estoy, bésame*, unos hermosos ojos, un pie pequeñito, un cuerpo bien
hecho, siendo, en fin, lo que se llama una real moza, y á la vez una
muchacha bonita. Puedo enumerar las sensaciones y dar cuenta de
la emoción que tuve aquel día: las botas nuevas me apretaban los
pies, prieto estaba el cuello de la camisa, me embarazaba la ropa
nueva, hallándome, en fin, condenado á estreno, á conservar el brillo
de un objeto de lujo que ha de huir de toda quebradura, deslucir-
miento ó mancha.

¡Qué sensación de miedo, de repentino calor é intenso frío, de
afán y de esperanza, de ilusión y de duda me dominaba! El corazón,
esa pelota cautiva de carne, botaba dentro del pecho, y mi mano co-
gió el desfilachado y mugriento cordón de la campanilla del cuarto
donde habitaba Margarita.

Oh ladridos. ¡Dios mío! dije ¿si me expodré á tener también mi
perro político? Pero cuando abrieron la puerta me estremecí aún
más: ante mis ojos se hallaba una espantable cara, tal que casi me
hizo creer que de ella habían partido los ladridos. Por un momento
hube de acobardarme pensando en que aquella podría ser mi mamá
suegra.

—¿El señor don Canuto Flores?—dije.

—Aquí vive. ¿Qué desea usted?

—Dígale usted que está aquí el señor don Antolín Antón.

—¡Ah! Pase usted, pase usted—me dijo haciéndome entrar en una
reducida sala con muebles barbados y descoloridos; unos sin pelle-
jo, otros sin patas, aquel patiquebrado, el de más allá con morde-
duras y quebrantamientos, y colgado de la pared un espejo mágico
que todo lo ponía en caricatura, cuyo sucio cristal hacía tales aguas
que no había quien allí se mirase, libre de ver su imagen desmesu-
rada y grotesca.

Mi nariz apareció aterradora y veinte veces más grande de lo
que era en realidad; esto me hizo palidecer, me aturdió, y á poco,
enredándose mis pies uno con otro, ó tropezando con una silla,
causo una catástrofe ruidosa.—¡Oh Dios mío!—me decía—martirio
terrible es soportar la cruz; pero ¿para qué redención voy yo pren-
dido á esta deforme nariz?

Temía por mi suerte: de lejos, á gran distancia, tal vez mi nariz
me prestara cierto aire de grandeza; pero cuando Margarita viese
ante sí un campanario de carne y hueso, dos bocas como la de Cue-
va-longa, movibles, resoplantes; un afilado ápice, un atrevido caba-
llete con su meseta central, una masa sensible á los cambios de
temperatura, que mudaba por el frío ó por el calor de mil colores;
callón gigantesco, dromedario-sensitiva y estoy por decir que la
más estrambótica aberración de la naturaleza, ¿cómo no habría de
espantarse ante un marido con añadidura! ¿Qué sería de ella el día
que se me hinchasen las narices?

No dieron tiempo á que siguiera mi aterradora reflexión los in-
dividuos de la honrada familia de Margarita. Penetré primero en la
sala un pequeñuelo, cuyos ojos se asombraron, cuya boca y cuyos
zapatos reían á más reír, y desapareció haciendo retroceder á otros
dos niños, y temí oírle exclamar en un rasgo de ingenuidad in-
fantil:

—¡Ay, papa, papa! En la sala hay un señor con unas narices muy
largas.

Suposición que exarcerbó la fiebre que las aprensiones referidas
me producían. ¡Qué efecto no habría de producirme, hiriendo mi
susceptibilidad vidriosa, oírle decir al padre de Margarita, un buen
vejete algo miope y que apareció ante mí haciendo visajes:

—Beso á usted la mano, señor Antón. Ha acertado usted con la
hora de hallarme; tiene usted buena nariz.

Recuerdo que se habló en términos generales y luego más ó me-
nos minuciosos y concretos del importante asunto que allí me con-
ducía; y el diablo fué enredando las cosas de manera que vinieron
á cuento, con razón ó sin ella, miles de frases y alusiones á la nariz:

LOS DONATIVOS



Los periódicos, después de dar horripilantes detalles de la inundación, piden en sentidos párrafos socorros para las pobres víctimas.



Y el público, respondiendo solícito a la voz de la caridad, acude al gobierno civil con cuantas prendas en mal uso le vienen a las manos.



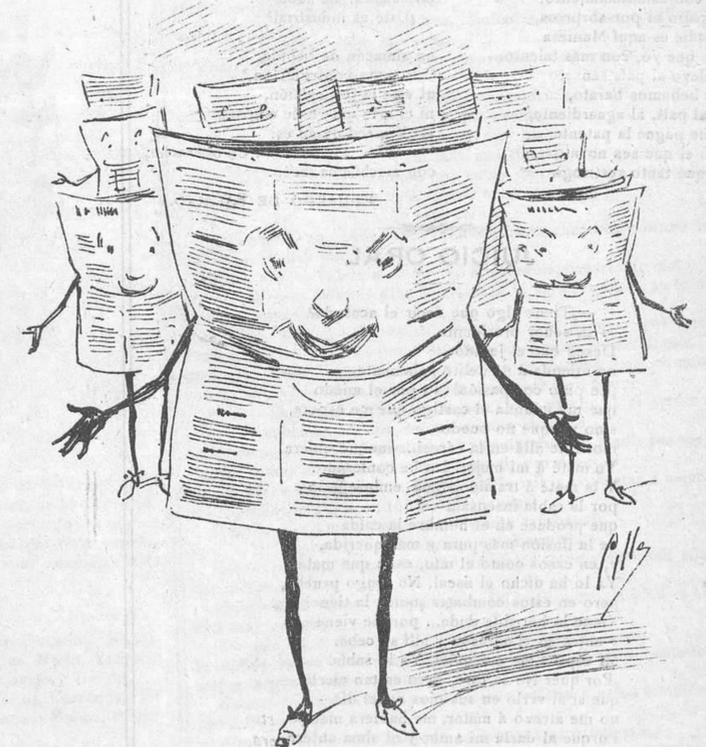
Inmediatamente el gobernador remite a su destino cajas y más cajas



Cuyo contenido se reparte lo más equitativamente posible, en medio del barullo que se suele armar en tales casos.



Peró lo esencial es que las víctimas de la catástrofe encuentran un pequeño alivio en su situación desesperada.



Y la prensa da las gracias, por su propio conducto, a los generosos donantes que han vestido decentemente al desnudo, haciéndose acreedores a la divina recompensa.

«yo no hubiera dado á ningún pretendiente con la puerta en las narices» decía D. Canuto; «bien sé que hay hombres que no ven más allá de las suyas, pero los tales vienen al cabo á quedarse con una cuarta de ídem.»

Por los poros de la mía brotaba en menudas gotas un copioso sudor; miles de colores, de la lividez al oscuro violeta, señalaban los estremecimientos coléricos de la aludida y las diversas conmociones de mi corazón. ¿Quién puede ver que su dicha se pierde, no por la fatalidad dramática de los celos, no por los inconvenientes cómicos que surgen luego de establecido el llamado parentesco político en ese círculo del infierno que no vió el célebre célibe, el Dante, y donde andan á la greña cuñados, primos y suegras, sino por un obstáculo de nacimiento, por una carne que se hizo toda nariz de lo que pudiera haber sido un hermano gemelo, por la fecundidad portentosa de una robusta excrescencia, de una proa humana, de un abuso de confianza de la fuerza embriológica, de la herencia, en fin, con que contribuyeron á abrumarme siete generaciones de narigudos?

Al salir de la casa aturrido y confuso oí como un sarcasmo la terrible exclamación de mi suegro:

—¡Cuidado! No vaya usted tan de prisa, no se rompa las narices.

Y sin embargo, la linda Margarita fué mi esposa. Tuve doce hijos, doce pez-espadas narigudos también, no bastándome toda mi fortuna para el gasto de moqueros. Está visto, creedme, siempre había de perseguirme esta fatalidad, y aun ahora mismo, que me he propuesto escribir, he defraudado las esperanzas de mis lectores, dejando á los más romos con una cuarta de narices.

Antolín Antón.

Por la copia,
JOSÉ ZAHONERO.

LAS PATENTES

—Y será un sujeto vil
quien, obediente y servil,
pague la contribución:
yo me adhiero á la opinión
del Círculo Mercantil.
El alcohol es liberal
y yo no pago ni un real
por que me den la patente;
que tengo la de valiente
en el «orbe universal.»
No tengo tienda, y lo siento;
yo, con establecimiento,
no pago ni por sorpresa,
y nadie es aquí Muniesa
mas que yo, con más talento.
Sublevo al país sensato
y le bebemos barato,
no al país, al aguardiente,
y que pague la patente
sólo el que sea novato.
Porque tanto restringir

es deseo de reñir,
y pudiera suceder;
no dejar á uno beber,
es no dejarle vivir.
Ya la paga al por menor
el hombre consumidor,
por el alcohol que contiene:
¿el que lo gasta no tiene
patente de bebedor?
Ese impuesto... fratricida,
aunque me cueste la vida,
no cuajaré; me sublevo.
—¿Usted es industrial?

—Yo llevo

un almacén de bebida.
Con tanta contribución,
ni vive la producción,
ni el arte muere de empacho.
—¿Y usted quién es?

—Un borracho,

con muchísima razón.

EDUARDO DE PALACIO.

JUICIO ORAL

—¿Tiene algo que decir el acusado?
—Sí, señor presidente.
Deseo que el Jurado
no atienda á mi delito solamente.
¡Le pido compasión! No por el miedo
que me infunda el castigo que me espera,
sino porque no puedo
morirme allá en la cárcel... aunque quiera.
Yo maté á mi mujer. Lo he confesado.
Y la maté á traición, loco, embriagado
por la rabia insensata
que produce en el hombre la caída
de la ilusión más pura y más querida,
y, en casos como el mío, es la que mata.
Ya lo ha dicho el fiscal. No tengo prueba,
pero en estos combates ¿quién la tiene?
Viene la horrible duda... porque viene
y entra en el corazón y allí se ceba.
Mi esposa me era infiel. Yo lo sabía.
¿Por qué? No lo diré, pero es tan cierto
que si al verlo en sus ojos aquel día
no me atrevo á matar, me hubiera muerto.
Porque al darla mi amor y el alma entera
he sido fiel, trabajador, honrado...
y pérfida y perjura y embustera,
preferí á mi cariño el de cualquiera
que entró como un ladrón en mi cercado.
Por eso la maté. Pero repito
que no busco disculpas al delito,
y si pido piedad humildemente
no es porque la cadena me intimida,
que en algunos azares de la vida

la víctima se trueca en delincuente.
Pero tengo dos hijos. ¡Dos! tan bellos
como ángeles sin mancha de pecado.
Tenían una madre y la he matado...
Si me encerráis á mí, ¿qué va á ser de ellos?

SINESIO DELGADO.

CUENTO VIEJO

De una famosa taberna
de una calle de Toledo,
aunque tarde, entre dos luces,
salió un rufián muy apuesto,
con una mano en la espada,
la otra en el cinto de cuero,
el mostacho retorcido
y de soslayo el chambergo.
No veía ni aun la chispa
que le alumbraba por dentro,
porque de puro alumbrado
el rufián estaba ciego,
y murmurando entre dientes
y con los pasos inciertos,
por Zocodover anduvo
contoneando su cuerpo.
En una oscura calleja
que hacía esas como el ebrio,
su mala fortuna quiso
que diera golpe tan recio
contra un muro, que el borracho
cayó de bruces al suelo.

Con las narices pringadas
y harto magullado el cuerpo,
se alzó el rufián blasfemando,
lleno de furia y denuedo.
—Follón, malandrín, cobarde,
ven acá, que á nadie temo,
dijo el bravo, y de la vaina
sacó la espada colérico,
arremetió contra el muro
dándole tajos certeros
con tal furia, que en la piedra
sacaba chispas el hierro.
Entonces, el bravucón
dijo al muro:—Caballero,
para batirme con vos
iguales armas pretendo,
porque yo las traigo blancas
y vos las tenéis de fuego.
Después, envainó la espada,
se caló su gran chambergo,
y con pasos atentados
fué perdiendo á lo lejos.

R. TORROMÉ.

LAS HIJAS DE EVA

Hombres, ¡lo que son mujeres!...
CAMPOAMOR.

Á los postres de almuerzo suculento,
un chistoso andaluz contó este cuento:

Es un país aquél... extraordinario;
todo es en él contrario
á los usos, costumbres y á las leyes
que por acá gobiernan ó nos rigen,
y ni Roques ni reyes,
no haciendo falta dirección, dirigen.

Grande es la libertad que allí se goza;
toda la gente es moza,
porque se sabe allí por experiencia
que los años engendran desengaños,
y tiene aquella gente la prudencia
de vivir pocos años.

En dos grandes barriadas ó lugares
(entre las cuales cruza perezoso
un río... caudaloso
como vuestro mezquino Manzanares)
viven por separado
cada sexo á su lado.

Sobre el río hay un puente que consiente
la comunicación de aquella gente;
pero el amor allí tiene galbana
y el hombre sólo siente
necesidad de atravesar el puente
una vez nada más cada semana...
(Hizo pausa el del cuento, tomó aliento
y así prosiguió el cuento.)

Un día, al despertar en sus barriadas,
vieron aquellas gentes, consternadas,
crecer el río, amenazando estrago,
y al ímpetu feroz de su corriente
desmoronar el puente,
saltar el cauce y convertirse en lago.

¡Qué ansiedad! ¡qué agonía!...
La comunicación estaba rota...
nadie nadar sabía...

y al trascurrir un día y otro día
la gente sufre y nota
la gran falta que el puente les hacía..

Alguien se apresta á construir un barco
para cruzar el charco;
éste quiere nadar y, torpe, nada;
otro cifra su empeño
en navegar encima de algún leño
que se lleva en seguida la riada.

Los hombres, afanosos,
fijos en sus quehaceres,
ensayan mil ardidés peligrosos...
Sienten ya las mujeres el hasífo...

—¿Y qué diréis que hicieron las mujeres?

—Pedir á Dios clemencia.—¿Que si quieres!

¡Se bebieron el río!...—
Y un madrileño dijo:—¡Vaya un paso!
Pues si alguna española
se encuentra en ese caso,
¡se lo bebe ella sola!

ANTONIO MONTALBÁN.

ALMENDRAS AMARGAS



COLECCIÓN
DE
COMPOSICIONES EN VERSO
DE
SINESIO DELGADO

Ilustradas
con dibujos de Cilla,
fotografiados de Thomas y C.ª, de Barcelona,
y Laporta, de Madrid.

UN TOMO DE 200 PÁGINAS

Precio: 3 pesetas.

Este libro se pondrá á la venta en la Administración del MADRID CÓMICO y principales librerías en los primeros días de la semana próxima.

A los señores libreros y corresponsales del periódico y á todo el que haga un pedido que exceda de seis ejemplares se hace una rebaja del 33

por 100, costando por consiguiente cada ejemplar dos pesetas, franco de porte. Los suscritores que lo sean directamente con la Administración obtendrán igual ventaja; entendiéndose que para unos y otros el pago ha de ser anticipado, en libranza ó sellos de franqueo.

Los que deseen que se les envíe el paquete certificado se servirán remitir su importe.



Durante la temporada de verano, de Junio á Septiembre, se han estrenado las siguientes obras dramáticas en los teatros de Madrid:

	En un acto.	Éxitos.	Fracasos.	Total.
Apolo.....	4	3	1	4
Príncipe Alfonso.....	7	4	3	7
Recoletos.....	8	5	3	8
	19	12	7	19

Con ver el escaso número de teatros que han estado en funciones, añadir que, con relación á igual temporada del año anterior, se han estrenado diez y ocho obras menos, y advertir que la mayor parte de las que se han salvado han obtenido un mediano éxito, y alguna que otra regular solamente, se deduce en seguida que la campaña ha sido cualquier cosa menos brillante.

Lo cual es de lamentar, ¡qué demonio!

Y ahora allá va la lista de autores:

Escritores: Sres. Navarro Gonzalvo, Sánchez Pastor, Delgado, Monasterio, Ibarrola, Navarro (C.), Prieto, Caba, Díaz, López Marín, Yrázoz, Alvarez Naya, Paso, Alvarez, Vergara, Arqués, Vega, Cuesta y Gullón.

Músicos: Sres. Brull, Marqués, San José, Valverde (hijo), Cereceda, Estellés, Rubio, Sigler, Alvira, Jiménez, Caballero, Hermoso, Muñoz, Pedrera, Marín y Julián.

Total: Diez y nueve autores dramáticos y quince maestros compositores.

Diz que hace más de seis años
te mueres de amor por Sabas.
¡Válgame el cielo, hija mía,
y qué agonía tan larga!

J. M. LLACER.

En Santander están como cuerpo sin alma porque no hay modo de constituir el ayuntamiento.

Si les hiciera mucha falta, podíamos enviarles el de la villa y corte.

A los santanderinos les parecería el anterior, el suyo, tortas y pan pintado; y nosotros nos quedábamos en la gloria...

La bella Rosalía,
porque era feo Luis, no le quería,
y la preciosa Pura
le amaba, aunque era feo, con locura.
Esto prueba que tienen las mujeres,
siendo hermosas, distintos pareceres.

VALENTÍN MOURO.

Libros:

Almanaque de El Folletín para 1894. Contiene multitud de artículos y poesías de renombrados escritores y profusión de preciosísimos dibujos. Precio: una peseta.

Nociones de mecánica, importante y útil folleto de D. Salvador Montero, escrito con gran claridad y corrección. Precio: una peseta.

Ha puesto *El Folletín* á la venta la delicada y conmovedora novela de Alfonso Karr titulada *Genoveva*, al precio de una peseta cincuenta céntimos. A los suscriptores les ha costado 42 céntimos en Madrid y 63 en provincias.

Los que se suscriban á *El Folletín* recibirán con el cuarenta por ciento las obras publicadas. Fuencarral, 119.

Almanaque de El Motín para 1894. La justa fama adquirida en años anteriores por los almanaques de nuestro colega no amenguará seguramente en el próximo, pues este nuevo libro es, como los otros, una abundante colección de chispeantes caricaturas y amenos é intencionados artículos. Precio: una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C. I. T.—Se han suprimido definitivamente las caricaturas de personajes, entre otras cosas, porque, al cabo de tantos años, ya no quedaban personajes que caricaturizar.

Un coleccionista.—No hay inconveniente, y puede remitir el importe cuando quiera.

Cástulo.—¡Si viera usted cuán mediano es el romancillo!

K. Iguala.—En los cantares hay que decir algo, como en todas las cosas, porque para decir vulgaridades más vale no cantar.

Jirivilla.—Asonancias, versos largos... ¡Así no se puede hacer seguidillas en este mundo!

Féperre.—Los versos que no son ajenos son malos. Y no se dice *soudónimo*... porque no hay costumbre.

Tres eran tres.—Sí que eran tres... bobadas como tres castillos.

Secante.—Vulgar como ella sola.

Jaid el Kebder.—¡Ay! no puedo aprovechar ninguna.

Anilteo.—Verá usted:

«Con una joven morena
me sucedió una aventura
que porque es muy buena...
(Ahí falta una sílaba.)
y como hoy estoy de vena
la va á relatar entera
este cura.»

Bueno; pero no puede usted relatarla hasta que *vena* y *entera* sean consonantes. ¡Y hay para rato!

Sr. D. V. F.—Valencia.—¡Ay, sí! Son malos, demasiado malos, por desgracia. Si esos señores plagian, ¿qué se le va á hacer? Ya se lo conoceremos probablemente.

El primo Génito.—Es imposible acertar con el libro que usted desea. Porque hay tantos de distintas épocas y en iguales condiciones... Con decir que en la mayor parte de los almanaques se reúnen esas circunstancias... No recuerdo los cuatro versos que cita. Ni es fácil tampoco.

Paco.—Tampoco esos cantares son cosa mayor. Y al tercer verso del último le sobra una sílaba, en mi opinión humilde.

Mendruco.—El agrimensor se ha equivocado al medir los versos. Y es porque como tendrá costumbre de medir por áreas...

Chipelin.—Pero, hombre, ¿para qué le voy á contestar á usted si, tarde ó temprano, se publican todas ó casi todas?

Birlocho.—«¿Qué español no se siente arrebatado por viril y nobilísimo entusiasmo?...»

Bueno; pero no hasta el punto de meter en un verso más sílabas de las que caben.

Peiele.—Los versos no están mal del todo, pero la idea es una vulgaridad muy grande.

Uno que fué á Cáceres sólo para ver la estatua de Ceres.—Y en el viaje se le olvidó medir los versos como Dios manda, y desde entonces unos le salían largos y otros cortos...

Guernicaco Arbolá.—Cosa que le ha pasado á usted también, sin haber ido á Cáceres.

Pérsiles.—No tienen nada de particular absolutamente.

Sr. D. F. F.—Esas aventuras amorosas que acaban con paños del marido ó del padre... ya no tienen gracia.

Otelo.—Tampoco está mal. El final, que resume la idea, no me gusta, porque es una vulgaridad que no merece tantos versos.

P. Pino.—Vulgares todos los epigramas.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

DISPUTA



El conde D. Nuño aseguraba á otro bienaventurado que sus tiempos eran mejores que los actuales; y como se iban agriando un poco...



Dios le concedió permiso para visitar la tierra y convencerse por sus propios ojos.



Llegó y cayó sobre un pavimento de mosaico hidráulico de la casa *Escofet, Fortuny y Compañía*. Alcalá, 18.



Vió luego el salón dental de *Tirso Pérez*, Mayor 59, donde le pusieron en el acto una preciosa dentadura inamovible.



Aspiró el perfume delicioso de la *Colonia Palomar*. Fuencarral, 24. Perfumería y Droguería.



Se convenció de que con una sola gota de *Quina Palomar* le brotaba el pelo en el férreo casco.



Dió un paseo sobre magníficas baldosas especiales para terrazas, azoteas, aceras y patios. *Escofet, Fortuny y Compañía*. Alcalá, 18.



Se arrodilló mudo de asombro ante las finísimas y elegantes camisas de *Martínez*. San Sebastián, 2.



Comparó su casquete pesado y antipático con los cómodos y ligeros hongos de *García Carrasco*. Carretas, 26.



Convino con *Pesquera, Magdalena*, 20, en que era mejor un pantalón inglés que la apretada malla.



Probó el riquísimo *Cognac fino de Moguer*, superior á todos los licores conocidos. Sobrinos de Guínea, Carretas, 27, y depósito de vinos, Arenal, 2.



Contempló extasiado los objetos de arte en mayólica, cerámica y barro, de *Escofet, Fortuny y Compañía*. Alcalá, 18.



Se quitó en un momento las manchas de la sobrevesta con el jabón de *Castillo*. *La Pasionaria*. Carrera, 12.—Tudela.



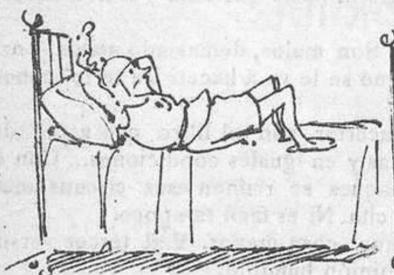
Vió desaparecer un divieso que le venía molestando con el *Cold-cream virginal*. *Farmacia de Torres Muñoz*. San Marcos, 7.



Comprendió que los artesonados y florones para techos de *Escofet, Fortuny y Compañía* eran verdaderos prodigios de arte.



Y no pudo menos de pedir por favor que le dejaran descansar en una cama del Bazar de la Plaza de la Cebada, 1.



La cual le pareció tan cómoda y tan fuerte que no quiso volver á la gloria,



y sólo volvió por mandato de Dios á pedir perdón al bienaventurado con quien disputaba haber sostenido error de tanto bulto.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS

MARCA

REGISTRADA



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOGA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID